

¡Oh! cuán bueno sois, Dios y Señor mío todopoderoso, que de tal suerte cuidais de cada uno de nosotros, como si fuera el único de quien cuidais y de tal modo cuidais de todos como de cada uno de por sí.—*Confesiones de San Agustín, Lib. III, cap. XI.*

Ellos dicen de las criaturas muchas cosas verdaderas; pero como no buscan con veneración piadosa la verdad, que es el artífice de las criaturas, por eso no la hallan, conociendo que es el verdadero Dios, *no le honran y glorifican como á Dios, ni le dan gracias por sus obras: antes se desvanecen con sus pensamientos y dicen que son sabios.*—*Idem, Lib. V, cap. III.*

Así el hombre fiel, *cuyas son todas las riquezas del mundo y todas las posee como si no tuviera cosa alguna*, uniéndose con Vos, á quien sirven todas las cosas, *aunque no sepa siguiera las vueltas de los septentriones*, es mejor (y sería necedad dudarle) que el que sabe medir los cielos, contar las estrellas, etc.—*Idem, Lib. V, cap. IV.*

EXORDIO.
—

La verdad encuentra ordinariamente tres clases de enemigos en las personas que tienen la misión de defenderla: los unos la persiguen con furor, los otros la tratan con desprecio, y los otros en fin la sacrifican á la debilidad.—(*Conferencias sobre la Pasión de N. S. J.—R. P. V. Raulica.*)

DESDE hace años, de tiempo en tiempo, me venía la intención de escribir una obra en la cual expusiera con frases sinceras y sencillas las ideas que siempre he tenido de la Bondad y Sabiduría de Dios Nuestro Señor. Los trabajos profesionales, es decir, la lucha por la vida, han sido para mí muy difíciles; motivo poderoso para que el tiempo escaso y angustiado, permitiera redactar escritos y pequeñas memorias referentes á asuntos de la práctica profesional, trabajos literarios por cierto muy ingratos, pues no han sido ni para mi honra, ni para provecho de nadie: una vez escritos están bien perdidos y olvidados en los periódicos en los cuales se han publicado; así es que nunca había yo tenido desahogo para entregarme á las meditaciones que tanto necesita el alma para ocuparse de Dios. ¡Para qué culpo al tiempo, cuando la voluntad ha sido la verdaderamente ingrata y tan débil como mi talento! Más era necesario que la muerte de mis amados hijos, María, José y Teresa fuera el estímulo repetido que me impulsara á orar con fervor. Al considerar la postrimería que por beneficio de Dios han alcanzado mis hijos, muriendo María y José después de padecer para purgar las faltas que quizá cometieron, (la Teresa se fué sin conocer al mundo que ha-

ce sufrir), me hizo Su Divina Majestad volver mis ojos al Cielo, obligándome, por tanto, á recordar la necesidad que todos tenemos de orar primero que nada y trabajar principalmente por el alma, que al cuerpo, Dios providente, nunca lo deja sin sustento.

Por esa necesidad que tengo de hablar con el Salvador de mis hijos y mío, me he atrevido á trabajar para manifestar la veneración, que hoy más que nunca, he tenido hacia el Señor Criador del Universo, adorándole y amándolo en cuanto puedo, y grito diciendo, porque no sé cantar como supo hacerlo el santo Rey David, las alabanzas que se deben á Dios Padre, á Dios Hijo y á Dios Espíritu Santo, que siendo Uno, crió á nuestros primeros padres con el Poder del Padre, con la Sabiduría del Hijo y el Amor del Espíritu Santo, que desde la eternidad ha tenido Su Majestad á su criatura racional. Quien como yo por mi vejez está ya más cerca de la muerte, no debe tener más que un solo interés, una sola aspiración: el salvarse; así es, que nada entonces, nada le importarán las cosas del mundo y mucho menos, si es que hay algo menos que nada, la risa burlona de algún médico sabio (?) ó materialista que leyere lo que escribo, con tanta más razón, cuanto que sé que esos pseudo sabios inconscientemente y pudieran ser que á sabiendas, aunque no confiesen lo que sienten en lo íntimo de su conciencia, al describir la formación, el desarrollo del hombre, las funciones que ejerce, etc., cantan, quieran que no, las grandezas y maravillas del poder de Dios. Son como Balaam: bendicen cuando quieren maldecir, pues bendecir y alabar una obra maestra, es propiamente alabar á su autor. ¿Y podrán ellos, los materialistas, negar la excelencia de la organización humana, tan perfecta por la naturaleza y composición de los órganos que la constituyen, tan apropiada para desempeñar funciones, que son también perfectísimas?

De algunos años acá han estado las ciencias médicas y el arte de curar dormidos, abstraídos en lo absoluto de Dios, Médico onnipotente, soñando con el poder de la naturaleza, que la consideran creadora y conservadora, por cuya circunstancia no son hoy los médicos como fueran los antiguos, entre los cuales señalo á A. Paré que siempre dijo, que él curaba y Dios sanaba. Expuso, él, que fue clásico, y por tanto, sus obras tienen que ser leídas siempre por los médicos amantes de la historia completa de la

Medicina, expuso, repito, que: *Par la grâce de Dieu, il en guérit; mon dit seigneur* (Francisco de Lorena, duque de Guisa), *grâces á Dieu fut guéry*; y otra vez dijo: *je le pansé et Dieu le guérit*; hoy, triste es recordarlo, pasa por ridículo é ignorante, quien cree que sin la voluntad de Dios la ciencia es impotente para curar; interviniendo la ciencia no hay metafísica!; Oh! si como hoy es la Medicina, fuera además como antes era, piadosa, alcanzaría hermosísimos triunfos y no sufriría decepciones, tanto más lamentables, cuanto que en la actualidad el arte está muchísimo más armado que antiguamente, y son hoy también menos obscuras que antes, las causas patógenas. En esta famosa época de *saber* y de incredulidad, los fracasos se repiten, no obstante que á los médicos les sea posible apreciar indicaciones precisas y cuentan con medios terapéuticos preciosos: es porque se olvida, mejor dicho, no se quiere confesar, que solamente Dios sabe todo y todo lo puede, y que no quiere inspirar á quien orgullosamente confía en sí mismo, despreciando lo que viene de lo alto.

Del milagro os reís diariamente, vosotros, los que no comprendéis lo profundo, lo misterioso, de innumerables incógnitas que son el oprobio para la ciencia, orgullosa, por lo mismo que es atea, como son, entre tantas como se pueden señalar, el misterio que hay en la eficacia de un centígramo de morfina, que absorbido y disolviéndose en los kilogramos de la sangre que circula en la economía, para quitar el dolor que molesta en un punto del cuerpo; los efectos del agente conocido con el nombre de fluido nervioso y que con todo y lo que hoy se sabe de él, se puede decir que no lo conocemos; otras muchas cosas y fenómenos os sorprenden y os humillan muy á pesar vuestro, y tratándose de la Omnipotencia divina, nada de lo que es propio de ella quereis creer, y aún más, negais que existe Dios! ¿Quereis, para creer, que á menudo haya resurrección de muertos, que los astros se detengan en su carrera.....? Dios solo cuando lo juzga conveniente hace milagros, y aunque para su gloria no es indispensable, Su Divina Majestad hace que continúe, desde el principio hasta el fin de los siglos, verificándose un milagro, ¡y qué milagro! Que las leyes que rigen el orden de la conservación del Universo jamás se dejen de cumplir mientras continúe el movimiento universal; porque si por la eficacia de la palabra de Dios el Universo fué, por la Voluntad divina, subsiste.

Dios es Padre bueno, y como tal, todos los días nos favorece y en todas las circunstancias de la vida nos acompaña; así pues, en las grandes dificultades, en las enfermedades, en las graves tribulaciones, Dios hace lo que parece milagros, sin perturbar el orden regular de la Naturaleza, con la misma bondad, con la misma voluntad y con la misma capacidad con las cuales nos ha criado. Quien hizo el admirable milagro de la Creación, podrá hacer, si conviene, otros tan sorprendentes; mas, quien puede tanto para crear, ¿cómo no había de poder hacer beneficios que aunque no alteran el orden natural de las cosas, son, por la dificultad para obtenerlos, como extraordinarios, como milagros, y por lo tanto, como imposibles para nosotros tan limitados en capacidad? Muy á menudo, en el ejercicio de nuestra profesión, presenciamos los médicos acontecimientos que no nos tocan, ni conmueven, porque carecemos de fé y de sensibilidad religiosa, permítaseme la frase, y lo que es sorprendente é inexplicable, lo consideramos como una rareza, como excepción de las reglas, satisfaciéndonos entonces la calificación de curioso para lo que no comprendemos. Si se recupera maravillosamente la salud, y se debe á oraciones que una alma afligida dirige al Todopoderoso, el beneficio no es milagro en el estricto significado de la palabra, lo sé; pero sí es una concesión, si admirable, en cuanto á lo que la ciencia puede dar de sí, nada extraordinaria es en lo que se refiere al poder de Dios y el orden natural no sufre trastorno entonces; pero sí se manifiesta lo poco que sabemos los médicos en repetidas ocasiones y lo que es Dios, previas nuestra humilde sumisión y confianza en su bondad, ante las insuperables dificultades para nuestra limitada capacidad.

Vosotros los que en la tribulación padecéis sin fe y sin esperanza cristiana, oidme, y podría ser que creyendo que digo la verdad, empezeis á desechar la incredulidad para después pasar de la duda á la fe, y entonces, humildes conseguirán vuestros ojos, bañados en lágrimas, vuestros gemidos, lo que la ciencia no haya podido conceder. *Fili, in tua infirmitate ne despicias, te ipsum, sed ora Dominum, et ipse curavit te.* (Eclesiástico, cap. xxxviii, v. 9). Le doy gracias á Dios por haber recibido un beneficio que al instante de obtenerlo, conocí, desde luego, que Su Majestad se compadeció de mí. En la convalecencia del sarampión que padeció uno de mis hijos, sobrevino una enterocolitis grave;

estaba recientemente destetado; se presentaron dificultades para alimentarle convenientemente, pues le repugnaba la leche y mamar nuevamente. La enterocolitis se modificó en su forma un día á consecuencia de haberle dado inadvertidamente leche alterada, desarrollándose un cólera infantil gravísimo, que en pocas horas tomó el carácter, ó mejor dicho, la apariencia del cólera asiático. Retirado todo alimento y sometido á la dieta hídrica, nada favorable se consiguió con los medicamentos, al contrario, el mal en momentos aumentaba hasta hacer perder toda esperanza. Le dije al Señor: «Dios mío, para que sane mi hijo no necesita medicamentos, si es tu voluntad y conviene concederle la salud!» Desde entonces cambió la enfermedad, cesando la basca y disminuyendo en número y en cantidad las evacuaciones, y á las pocas horas, desapareció el peligro. Quien entienda lo que es milagro no se atreverá á calificar como tal este beneficio que le agradezco á Dios; mas que fué una gracia y que vino de Su Majestad nadie lo puede negar, puesto que la medicación no produjo resultados satisfactorios desde el principio hasta el fin de la afección, y cuando cesó de administrársele medicina y se rogó con fe y esperanza, comenzó la convalecencia, precursora de la salud.

Otro suceso verdaderamente admirable aunque no pertenece á la categoría de acontecimientos superiores al orden natural, pues en el caso no hubo trastornos, ni suspensión de las leyes que rigen á la Naturaleza, es la curación que voy á referir: fué *obra divina*, porque los que intervinimos con los medios naturales que estuvieron á nuestro alcance, no conseguimos el éxito que obtuvo la oración de una humilde viuda que pidió con fe: ¡una fe comparable con la del Centurión! El caso, al mismo tiempo que admirable, es curioso bajo el punto de vista científico. El hijo de esa pobre viuda, niño de siete años, recibió un golpe en la tuberosidad de la tibia derecha, el cual tuvo por consecuencia una artritis de la rodilla, cuya inflamación, muy avanzada ya, comenzó tarde á ser tratada por un médico, quien encontrando todos los signos de la supuración, hizo una incisión que dió salida á gran cantidad de pus. No fué muy prolongada la asistencia médica y volvió á ser tratada la enfermedad por remedios caseros. No aliviándose el enfermo, sino al contrario, ocurrieron á mí, informándome de los antecedentes y de que hacía ya varios días

el niño se consumía por la intensa calentura, los sudores y la diarrea. La rodilla enferma estaba cubierta con algodón sucio y ordinario; la herida que hizo el médico para extraer el pus estaba ulcerada en sus bordes; la articulación estaba muy abultada, y la piel, surcada por venas desarrolladas. Introduje un dedo por la abertura ulcerada y tuve la pena de encontrar descubiertas y sin periosteo las extremidades articulares de la tibia y del fémur; los cartílagos estaban en gran parte desprendidos.

La única probabilidad, en contra de otras muchas funestas, de salvar la vida del enfermito era la amputación. Al comunicarle á la infeliz viuda mi opinión, mucho me afligió la grandísima angustia que manifestó la pobre madre. Le aconsejé, como era mi deber, que consultara con otros facultativos; vaciló todavía tres días para seguir mi consejo, hasta que obligada por el padrino de su hijo, lo llevó á la consulta del hospital de infancia, y allí, le expusieron lo necesario y urgente que era hacer la amputación. No obstante esta nueva opinión aun costó gran trabajo convencer á la desgraciada mujer, y por fin, se mostró anuente á que se hiciera pronto la operación. Citados para las tres de la tarde del siguiente día los practicantes que me habían de ayudar á hacer la amputación, á las dos se presentó en casa la mujer, que parecía una loca, y me dijo que estaba completamente decidida á impedir que se le cortara la pierna á su hijo; á las razones que yo le daba para convencerla de lo inconveniente de su conducta y de la obligación que tenía de someterse en bien del enfermo, contestaba pidiéndome perdón y diciéndome que en la mañana había ido á postrarse ante la Imagen de la Virgen de la Soledad (tan venerada por los pobres é infelices de México), que allí había llorado y gemido más de una hora, levantándose después llena de confianza y decidida á oponerse á la operación. Nada valió hacerle ver cuán inconveniente y hasta ciertamente injusta era su conducta impidiendo el poner en práctica el único recurso que había de salvar la vida de su hijo; contestaba siempre que habiendo llorado mucho, la Virgen no había de dejar de ayudarle en la curación de su hijo.

Cerca de cinco meses después llegó la viuda á casa suplicándome fuera á ver á su hijo (á quien suponía yo muerto), que casi estaba sano, quedándole únicamente una pequeña fístula que no podía cerrar. Con grande curiosi-

dad fui á ver al niño y me admiré de verle repuesto, aunque con la pierna soldada con el muslo en semiflexión. Ningún médico vió después de mí al enfermo, el cual con rapidez extraordinaria fué aliviándose, reparándose prontamente las lesiones tremendas que había en la articulación, cesando muy pronto los sudores y conteniéndose la diarrea. ¿Qué se hizo para obtener tan buen resultado? pregunté, y se me contestó que para la diarrea había seguido los papeles que en mis visitas anteriores había yo prescrito y localmente se le curaba como yo lo había hecho entonces. Hoy está sano el hijo de esa mujer tan llena de fe, y aunque para obtener la salud aquel, no hubo necesidad de que el orden de la Naturaleza se trastornara, hubo, sí, lágrimas de madre, derramadas ante otra madre: Nuestra Señora, Madre de nuestro hermano Jesucristo, en cuya Pasión y Muerte padeció tan crueles dolores, la que es piadosa abogada nuestra. Admirable como es este suceso, no es singular: desde Sta. Mónica y antes y ahora, madre que llora pidiendo por un hijo, obtiene para él gracias hermosas y grandes, ya sea que esté enfermo del cuerpo ó del alma.

No repugna al sentido común considerar que existiendo Dios, y al decir Dios se dice Todopoderoso, ser posible que se remedien, ó se remuevan males, que en el orden regular de la naturaleza y por lo que enseña la experiencia, no está en la mano del hombre conseguirlo, con tanta más razón, cuanto que Dios es bueno y que ni la naturaleza ni nadie se perjudica con que el enfermo sane, ó que el atribulado se remedie. ¿Cómo no había de querer el Padre celestial conceder á sus hijos, si conviene, lo que le pidan? La prueba de que quiere es, que recomendó que pidieran y prometió conceder lo que con humildad se le demande y Dios es Verdad.

Mas el médico no solamente en lo extraordinario debe volver los ojos hacia el Altísimo: en lo que todos los días estamos acostumbrados á observar encontramos la intervención de la Divina Causa, tanto en el origen de las enfermedades, como en su remedio. Unicamente el poder de Dios dispuso, como pena del pecado, esa admirable actividad de los microbios, que solo el microscopio hace percibir, y que no hay balanzas para pesar el conjunto de millares que puedan caber en la superficie de un milímetro cuadrado; y darle virtud curativa á un centígramo de sal de morfina

que diluído en el caudal de la sangre quita el dolor de la región enferma, y determinar que otros remedios no hagan constar su presencia, más que en el lugar de elección en donde solamente allí producen su efecto benéfico, & &.

Muy larga tarea sería escribir obras que se ocuparan de las ciencias bajo el punto de vista del plan que me he propuesto seguir en este humilde trabajo; pero si le falta tiempo, mucho más el talento á quien á duras penas ha logrado mal bosquejar un cuadro en que se vea un pequenísimos tanto de lo que no tiene cuenta: la Providencia y la Omnipotencia de Dios. Digo con Galeno: *Un libro de anatomía es el más bello poema que fué dado al hombre cantar en honra del Creador*. Mas la Embriología, la Fisiología, la Biología..... ¿no son otros tantos cantos bellísimos (porque todo en las obras de Dios es superlativo), del gran poema que entona la Naturaleza en loor del Creador? ¡Oh! Si todas las eminencias médicas admiran al sublime Pasteur, ¿por qué no le imitan en su sumisión á Dios Nuestro Señor á quien tanto amó?



El sabio Sr. Canónigo D. Emeterio Valverde Téllez me hizo el grande favor de revisar este humilde trabajo, antes de solicitar de la Sagrada Mitra el permiso, previa censura, de su publicación. Por supuesto que encontró que corregir, y debido á sus acertados consejos el Sr. Censor tuvo menos de advertirme. No debía yo, por tanto, dejar de dar las gracias públicamente á quien le estoy tan reconocido.



Veritas Domini manet in aeternum.
Oídme hombres de la tierra: ¿acaso os dió Dios ingenio y elevados pensamientos para que así ingratamente los volváis contra El? ¿Os enseñó á manejar la pluma para que la convirtiérais en saeta con que herir su honor? Dándoos entendimiento de ángeles ¿os habrá de encontrar por enemigos como si fuérais demonios?—*Daniel Bartoli.*

CAPÍTULO I.

Nunca ha de poder la ciencia evitar la muerte.—Una vez decretado como castigo del pecado lo que resulta de ella al mismo tiempo que es pena, es bien, por ser el principio de la verdadera vida para el alma y para el cuerpo humano después de la resurrección.

Testamentum enim hujus mundi morte morietur.

(*Eclesiástico, cap. XIV, 12.*)

Las ciencias médicas al empezar el siglo XX han alcanzado un grado muy elevado de perfección; los que profesan la Medicina están hoy orgullosos por lo que saben, y no obstante, ¡la muerte cumple con su deber! Dios le ordenó que no respetara en la tierra á ningún ser viviente: el Sr. Jesucristo espiró clavado en la cruz. Los hombres pecadores mueren por castigo, Ntro. Señor, murió por caridad. Aquellos á quienes el Señor resucitó, volvieron á morir, para que como los demás hombres esperen en sus sepulcros el sonido de la trompeta que á todos nos ha de llamar á Juicio! Pero el Divino Redentor triunfó de la muerte, y desde el día de la victoria hasta el futuro siglo eterno, el Cuerpo de Dios hombre, fué, es y será dichoso: *la muerte ha sido absorbida por mi victoria. ¿Donde está ¡oh Muerte! tu victoria?* La Inmaculada Señora, que como su Divino Hijo fué concebida sin pecado y sin culpa alguna, nació, vivió y murió. (*Macula non est in te*): no quiso Dios que su purísimo